

J. L. Castillo-Puche



# Hicieron partes



La novela del dinero. Una herencia que se vierte sobre los miembros de una familia, provocando en cada uno de ellos una reacción distinta. Este es el tema que José Luis Castillo-Puche —extraordinaria presencia en la novela católica española—, ha utilizado para conseguir que cualquier lector se identifique con el apasionante relato del dinero, creando unos personajes exactos para quienes la llegada de la fortuna, más que una solución, es el estallido de su pequeño mundo que se quiebra en cuanto los intereses y los sentimientos entran en conflicto. Las calidades literarias de esta apasionante narración y su profunda inspiración ideológica, la hicieron acreedora al Premio de Novela Católica y al Premio Nacional de Literatura. Castillo-Puche revela en estas páginas la madurez de su oficio que inició con la famosa novela «Con la Muerte al hombro».

J. L. CASTILLO-PUCHE

# HICIERON PARTES



EDICIONES DESTINO  
TALLERS, 62 - BARCELONA

© EDICIONES DESTINO

Primera edición: octubre 1967

Depósito legal: B. 19.798 - 1967

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

*A Julia.*

## PRIMERA PARTE

**D**ON Roque Giménez Espinosa todo lo había hecho en la vida con tanto tino como suerte; pero lo más acertado que hizo fue morirse nada más comenzar el año 1931, año que, con el tiempo, como diría después un ilustre historiador, habría de quedar señalado como “de luctuosa e innoble memoria”.

—Ha hecho muy bien en morirse —comentó don Víctor de la Cerda al enterarse—. Don Víctor era el notario de las derechas del pueblo. Aristócrata, muy religioso, enfermo del hígado y con una afición desmedida a la cornetas picantes y al parchís. Era, aunque ya viejo, un tipo erguido, alto, de rostro agudo, cuello tieso y cejas muy pobladas. En el pueblo le llamaban *don Bito*.

Hay notarios que acercan a la vida y propagan el afán de prosperidad, y hay notarios para la muerte. Hay notarios para los negocios y notarios para los testamentos. Don Víctor era de los últimos. Era un notario que imponía, y hasta los republicanos de la comarca venían a él cuando llegaba la hora de disponer de sus últimas voluntades.

Los herederos de don Roque no tuvieron necesidad de ir en busca de don Víctor. El día del entierro, al regresar del cementerio, don Víctor se dejó caer en la casa, y una vez que los tuvo reunidos a todos, les dijo:

—Dedíquense durante estos días a liquidar todas las minucias, y cuando hayan terminado, hablaremos —y se despidió jerárquico y grave. Don Víctor parecía seguir en contacto con el alma de don Roque. Ésa había sido, al menos, la impresión de todos.

Demasiado sabía él que su sola presencia serviría para mantener una tregua de paz entre los herederos, una tregua bastante relativa, por cierto. Con sólo mirar fijamente a cualquiera de ellos, daba la impresión de que pudiera desheredarlo. Los herederos habían salido hasta la puerta a despedirlo, adoptando una actitud sumisa y bobalicona.

En la casa del difunto don Roque se quedaron un rato los albaceas, que eran don Sixto, capellán del Asilo, y don Conrado, un rico vinatero. Los dos recomendaron también pleno acatamiento a la voluntad de don Roque, que lo había dejado todo dispuesto para que sus parientes salieran beneficiados, evitando, en cuanto había sido posible, el pago de derechos reales y demás.

—Hay que hacerles saber —decía a los albaceas don Luciano, el arcipreste, que era como la cabeza de los herederos— que esta herencia es completamente graciosa —y recalcó el profundo sentido que podía tener esta palabra.

—Pero, ¿usted cree que va a haber alguien capaz de protestar? Ni el mismo Trinidad, ¡se lo digo yo! —añadió don Conrado.

—Desde luego, yo soy menos partidario de este testamento que del anterior, que yo conocía algo —comentó don Sixto, a quien gustaba llevar siempre la contraria a don Luciano.

—Pues nada en el fondo ha variado —replicó el arcipreste.

—No sé si ha variado en el fondo o en la forma, pero a mí me hubiera gustado que no lo modificase jamás —dijo el capellán.

—Conste que más voluntad suya, por ser la última y definitiva, es el último que el primero. Y que yo en esto no he tomado arte ni parte —insistió un poco molesto el arcipreste.

—Lo sabemos, lo sabemos —remató don Conrado en tono pacífico, pero con su miaja de guasa.

Alguno de los herederos había escuchado la conversación y en seguida fue a contarla a la sala en donde estaban reunidos los demás. No surgieron muchos comentarios. Cada uno había pensado ya, largamente, durante los días de agonía de don Roque, lo que más le convenía, y todos habían decidido no salirse de sus casillas. Allí lo impor-



tante era ver, oír, recoger el dinero y santas pascuas. A don Luciano, con todo, cada día que pasaba le tomaban más manía; pero también cada hora le expresaban mayor sumisión y le tenían más miedo. Sabían que en el testamento había unas cláusulas en las que él decidía totalmente. En buenas manos estaba el pandero. Todos temían irritarlo, y sabían muy bien que la colosal arquitectura de aquel hombre de requesón y miel podía trocarse en un instante en terrible catapulta de condenas y maldiciones.

Los herederos eran los siguientes: el propio don Luciano, que era, con Casimiro y Teresa, uno de los parientes más próximos; Casimiro, que ya había dicho que con esto iba a empezar de nuevo la vida; Frasquito y Juana, que querían paz y nada más que paz; Periquín *el Borreguero*, que todo lo excitado que había estado antes de morir don Roque, ahora se había quedado quieto y mudo como un tarugo de madera. También las hermanitas del Asilo de Desamparados habían sido consideradas para todos los efectos como unas herederas más.

Teresa y Trinidad, también herederos, eran harina de otro costal, como suele decirse. Precisamente la reforma del testamento, según se decía, sin dar tampoco mucha clase de detalles, consistía en que el legado de estos dos parientes quedaba sujeto a unas condiciones que el notario se encargaría de hacer saber en el momento oportuno, pero que, en todo caso, el propio don Luciano quedaba como depositario, pudiendo destinar el dinero de estas partes, si las condiciones no se cumplían, a obras de beneficencia o de carácter parroquial.

Los herederos estaban más que agotados, porque si larga había sido la enfermedad mucho más larga había sido la agonía de don Roque. Durante todo este tiempo, los herederos y sus familiares prácticamente no se habían apartado de la cabecera del enfermo. Y había sido unas horas antes de morir, cuando don Roque, sacando fuerzas de la nada, y dirigiéndose a todos ellos, había gritado con voz inaudita,

verdadera voz de ultratumba: “Mundo embustero”, lo cual les había dejado a todos, incluso a don Luciano, completamente anonadados. ¿Qué había querido decir con aquello? La tremenda frase había corrido como pólvora por el pueblo, y en cada casa se le daba una interpretación distinta. Pero casi todos coincidían en decir que, de haber salido del trance, don Roque habría cambiado totalmente el testamento. Algo había visto claro el difunto don Roque en este último instante, cuando ya todo estaba decidido y nada tenía remedio. Menos mal que había tenido tiempo de arrepentirse, si es que se trataba de algo que perturbara su conciencia. Y esto era, a fin de cuentas, lo que importaba.

Con todo, los herederos apenas hablaban entre ellos de esta espantosa despedida, y más bien lo que hacían era preguntarse por qué le había entrado a última hora aquella manía de taparse la cara con las mantas y las sábanas, como no queriendo ver a ninguno. Para tranquilizarse solían decir:

—Debía de tener, por lo menos, cuarenta de fiebre.

—Y más de cuarenta también.

Con don Roque Giménez el pueblo había perdido, desde luego, un tipo valioso; pero, valga una cosa por la otra, había ganado un tema inagotable de murmuraciones y chismorreos.

El testamento no era todavía conocido por los herederos al detalle, porque el notario, quizá de acuerdo con don Luciano, para dar más solemnidad al acto, había preferido anticiparles simplemente de memoria una visión de conjunto, en tanto no llegaba la hora trascendental de proclamar abiertamente la voluntad del difunto. Los herederos estaban de impacientes que no podían resistir ni una hora más. Estaban ya cansados de pelearse cada día después de la reunión que tenían en casa del difunto tío —así le llamaban unos y otros, aunque el parentesco era más remoto en todos los casos— y en las que apenas concluido el *requiescat in pace, amen* del rosario, comenzaban las pullas y las es-

candaleras. ¡Las cosas que se habían dicho allí unos y otros! A veces las mujeres, al hacer los montones de las particiones, habían estado a punto de cogerse del moño y arrastrarse. Luego, al despedirse, resultaba que se saludaban como si allí no hubiera pasado nada. Las pobres monjitas que habían asistido a alguna de estas escenas, al llegar al Asilo, le decían a la Procuradora:

—Ahora es cuando nos damos cuenta de que el dinero es la maldición. Así no harán más que condenarse.

El pueblo también se creía heredero en cierta manera, y tomaba partido en los lotes del reparto, criticando, no ya al notario y a los albaceas, sino al propio don Roque que, aunque estuviera en la gloria, buena la había armado. Con todo, lo que más intrigaba al pueblo era aquello de que don Luciano hubiera quedado como cabeza de familia.

El noveno día de los rezos se presentó don Víctor, vestido de negro, con su bastón de puño de plata, y adoptando un aire severo y protector al mismo tiempo, como si también el dinero que se disponía a anunciar como propio de cada heredero fuera exclusivamente suyo. Después de algunos saludos y palabras vagas, anunció, tajante y grave:

—Mañana, a las once, en la notaría.

Los parientes se quedaron de una pieza. Por fin, iban a entrar en el tremendo secreto del testamento. Durante un breve espacio de tiempo reinó entre todos cierto tono de franqueza y alegría, pero en seguida se enzarzaron en la más escandalosa de las riñas al comprobar las facturas del entierro y de las misas, pues, aunque todo había sido de lo mejor y había que esperar que fuera caro, no se esperaban un pellizco tan grande. Se sacó a relucir también con aspavientos y alguna protesta el hecho de que don Roque dejara cierta cantidad para unas misas gregorianas perpetuas y para subvencionar, en su día, unas misiones.

—Les advierto —dijo don Víctor— que al que incordie hay una forma expresa de hacerle callar.

El notario era caballero de Calatrava y tenía una foto al lado de Alfonso XIII con el flamante hábito de la Orden. Era hombre metódico y tacaño, y al ama le tomaba todas las noches las cuentas al céntimo, apuntando hasta las cabezas de ajos. El fortunón de don Roque para él había sido una sorpresa mayúscula a la hora de otorgar el testamento.

Los albaceas, cuando se hartaban, le decían al notario que no tenía perdón de Dios por haber permitido que don Roque hiciera aquel disparate. Era absurdo que a don Roque le hubiera dado por ahorrar y vivir tasado toda la vida, para que luego vinieran unos primos mal educados dispuestos a arramblar hasta con las piedras.

El pueblo seguía atento las idas y venidas de los herederos. Ni una vez abandonaban la casa de don Roque sin llevarse cada uno una pila de cosas que los vecinos curioseaban minuciosamente. A veces era divertido ver a toda una familia llevando con mucho tiento una vajilla o hundidos bajo colchones y capazos de ropa, o también arrastrando, casi, una tarima o los sillones frailunos de don Roque.

—Pero, ¿para qué un viejo y solo necesitaría tanta cosa?

Al parecer, los vecinos olvidaban que don Roque era viudo y que fue desde la muerte de su mujer cuando le dio por encerrarse y ganar dinero como una fiera. Los traslados, por regla general, los hacían los herederos a última hora de la tarde, entre dos luces, pero de todas maneras el pueblo vigilaba. Cualquier objeto llamativo, un espejo grande, un cuadro de marco dorado, una lámpara de muchos colgantes de cristal, todo era visto y examinado escrupulosamente por los vecinos. Y a todo le ponían su precio.

Pero todo esto era nada cuando los vecinos se ponían a repasar y a sacar cuenta de lo que sumarían las fincas y el dinero que tendría repartido en los bancos. Partiendo de hechos ciertos y datos reales, la imaginación se les calentaba, y tan pronto rozaban el millón se les encendían las pupilas y se frotaban las manos nerviosamente, encandilados por el brillo de la plata. Y eso que los vecinos no conocían

los préstamos y acciones que don Roque había dejado fuera del pueblo.

El pueblo aceptaba complacido la riqueza de don Roque; lo que se resistía a aceptar era la riqueza de sus herederos. Y si la aceptaba colectivamente, no estaba dispuesto a hacerlo con cada uno en particular. Liberarse de golpe de las privaciones y hasta de la pobreza era una mala jugada, una jugada más caprichosa y menos justa que la de la lotería, porque al menos, en la lotería, se exponía algo; pero heredar de un pariente en tercer grado resultaba absurdo e inconcebible. La gente del pueblo, para justificar la envidia y el odio que le inspiraban los herederos, unas veces inventaba cosas y otras exageraba las que existían. Decían que éstos ya no eran los mismos de antes y que habían comenzado a mirar a los demás por encima del hombro. Pero todavía la mayor parte de los herederos no sabían lo que era dinero en cantidad, y hasta es posible que se estuvieran acostando con unas sopas de ajo.

No eran frecuentes en el pueblo testamentos como el de don Roque. Había, sin ningún género de dudas, fortunas más respetables que la suya, pero no tan creadas de la nada ni tan fabulosas. Había en el pueblo ricos más reverenciados y temibles, pero no ricos más populares y misteriosos. Don Roque era en el pueblo como la institución que personificaba el ahorro, el trabajo y la suerte, todo junto.

—Pues empezó de la nada —decía alguno.

—De la nada no empezaría. Eso es lo que se dice siempre —replicaba algún escéptico.

—Empezó con una simple carpintería.

—¿Y así ha llegado a hacer el capital que ha hecho? ¡Mentira!, te lo digo yo.

—Hombre, después montó el almacén de madera y luego una serrería.

—¿Y así ha hecho el fortunón? ¿Nada más con eso?

—Pues así, así.

—Algo más habría.

A los hombres del pueblo don Roque les resultaba, por lo general, simpático, e incluso sus rarezas eran comentadas jovialmente.

La riqueza de don Roque había comenzado al lanzarse a construir grandes conos y toneles para el vino, consiguiendo desterrar las antiguas tinajas de la comarca. Los vinos decían que se conservaban así más sabrosos y puros.

Nadie que hubiera visto a don Roque en el tren de vía estrecha que llevaba a los pueblos vecinos o en los coches de línea, habría dicho que aquel artesano, con su fiambarrera envuelta en una servilleta, era un ricachón que podía dar clase a todos los negociantes de la región. Luego se pasaba temporadas enteras sentado en un sillón, tomando el sol o calentándose al brasero, y a su soledad venían de consulta comerciantes y administradores. Y no se comprendía cómo podía prestar a cada uno aquellos consejos de un poder casi mágico y que todos aceptaban sin discutir. Su solitaria y virtuosa viudez había sido seguramente el arcano de donde había extraído don Roque aquella rara perspicacia y capacidad para sacar filones de oro de donde quiera que ponía los ojos.

Don Roque nunca hizo ostentaciones. Era un hombre pequeño, de andar lento y pisar sólido, que calzaba botas resistentes y vestía paños o panas que antes perdían el color que raerse. Su aspecto era de hombre que nunca quiere los primeros puestos y que gusta pasar inadvertido. A ambos lados de la casporra de su nariz destacaban unos ojos pequeños, pero penetrantes y algo sarcásticos. Las manchas rojas de sus sanos mofletes a veces se le amorataban.

Sin disponer de tertulias ni acudir nunca a cafés ni casinos, don Roque estaba al tanto de todas las compras y ventas del término, y sin que nadie se enterara tampoco, lo mismo compraba viñas que olivares, acciones de la luz o

del agua. En los últimos años llegó a decirse por el pueblo que don Roque guardaba en su bodega tinajas llenas de onzas de oro; pero esto no eran seguramente más que fantasías. La casa de don Roque era de las mejores del pueblo, pero ni por la fachada ni por dentro podían advertirse signos de opulencia. Todo era sobrio y severo hasta dañar los ojos, desde el portal al excusado, como dicen.

Al pueblo le gustaba tener un rico así, sin grasas ostentosas ni ganas de presumir. Ni aun en los últimos años de su vida había hecho don Roque ningún alarde de dinero. Para él la riqueza, aparte de constituir un goce íntimo, privadísimo, se había ido convirtiendo en una especie de enfermedad vergonzosa, y acaso por eso la prosperidad de los últimos tiempos la pasó absolutamente escondido, como secuestrado por el extraño placer del ahorro. Quizá don Roque gozaba pensando que nadie era capaz de adivinar el montón de billetes que en ocasiones había visto a altas horas de la noche encima del tapete de la mesa-camilla, mientras él pasaba montoncitos de un lado a otro y hacía números. Don Roque tenía algo de ratón, de ojos vivaces y pequeños, de nariz y orejas coloradas, a ratos huraño, a ratos humorista, pero con una gran capacidad para resistir la soledad. Hubo temporadas largas en que vivió completamente solo en su casa, y él mismo se freía las migas o los huevos. De noche, como cena, había terminado por acostumbrarse a hacer unas sopas de leche, y en la bodega había pilas enormes de botes, seguramente esperando la ocasión en que podría venderlos y sacar de ellos algún provecho. Es muy probable que don Roque encontrara cierto placer en vivir solitario, rodeado de silencio y de miedo, vigilando de un modo morbosos y obsesivos sus escondrijos de dinero. Por lo pronto, la puerta de su casa aparecía casi blindada de cerrojos por dentro. Es muy posible también que tuviera más miedo a los parientes que a los ladrones. Por eso, mientras vivió, fue muy difícil que los familiares lograsen aposentarse bajo su techo, ni siquiera con el pretexto de que estaba delicado y necesitaba alguien a su lado.